

actividad y llevaban á todas partes la idea del sacrificio, siendo preciso dar toda la fortuna y hasta la vida por la libertad de Alemania. La unidad de la patria alemana, vejada en todas partes, y que era preciso defender por el común esfuerzo, dejó de ser una mera abstracción de las inteligencias ilustradas y tomó vida y forma en el corazón de todos. Los pueblos volvían contra Francia los principios y los sentimientos que les había enseñado; en todas partes se recitaban las poesías de Arndt, de Ruckert, de Federico de Schlegel y de Kœrner. La canción de Arndt, que contenía la pregunta: «¿Cuál es la patria de los alemanes?», á la que se respondía en la misma: «Allí donde resuena la lengua alemana», vino á ser el manifiesto del partido unitario. Kœrner, el Tirteo alemán, cuyas composiciones se reunieron en un libro bajo el título de *La Lira y la Espada*, debía morir en el campo de batalla, en 1813. La música, que fué el arte alemán por excelencia desde la segunda mitad del siglo XVIII, contribuía aún más á esparcir entre el pueblo estos generosos sentimientos. Weber, el más alemán de los músicos, buscaba en ellos inspiración y ponía en música *La Caza salvaje de Lutzen*, de Kœrner.

Las universidades alemanas continuaban siendo siempre focos ardientes de patriotismo, pero puede afirmarse que este movimiento dominaba por completo en toda la nación en 1812, limitándose los gobiernos á seguirle y correspondiendo á la masa del pueblo el honor de esta grande empresa. «Regocijaos y bailad, maestro Beblow, así como vos, labrador Krause,—dice Freytag en uno de sus romances nacionales,—puesto que vosotros y cien mil iguales á vosotros sois los que habéis derrotado al enemigo y habéis librado á la patria de su abatimiento; si, vosotros, los pobres; en las reducidas casas de las pequeñas poblaciones y en las chozas de las aldeas en que habéis vivido es donde se ha encontrado principalmente todo lo que de santo y de grande ha tenido esta empresa.» Los monarcas no podían tardar ya más en asociarse á un movimiento que estaba de acuerdo con su patriotismo y sus propios intereses, y que no se habían atrevido á esperar que estallase ni con tal premura ni con tanta extensión. Confían, sin embargo, en él menos que sus pueblos, porque su posición les permitía apreciar mejor las dificultades de la agitación.

El rey Federico Guillermo llegó á desautorizar públicamente al

general York de Wartenburgo; pero al propio tiempo mandaba á Kneesebeck, disfrazado de mercader, al lado de Alejandro, y pronto, por intermediación de Stein, firmaba con él el tratado de Kalisch (28 de Febrero de 1813), en virtud del cual Prusia y Rusia contraían una alianza ofensiva y defensiva, con el compromiso de no tratar en lo sucesivo separadamente. Bulow, que substituyó al general York, había sido ya más funesto que él á la causa de Francia, porque entró en seguida en tratos con Wittgenstein, facilitándole el paso del Oder, por cuyo motivo, habiendo quedado descubierto en el



El feld-mariscal Carlos, principe de Shwarzenberg, duque de Krumau

Norte, como también lo acababa de quedar en el Sur por el armisticio ajustado entre los Rusos y el principe de Schwartzenberg (9 de Enero de 1813), el principe Eugenio tuvo que retirarse detrás del Elba el día 9 de Marzo. El 17 entró Wittgenstein en Berlín, y el 19, Federico Guillermo arrojaba la máscara dirigiendo «á su pueblo y á su ejército» una proclama, en la cual las ideas de libertad, difundidas por la Revolución francesa y combatidas tanto tiempo por los principes reinantes, eran acogidas por este monarca como un arma asestada contra Francia. «Alemanes,—decía por su parte el general Wittgenstein,—quedan abiertas las filas prusianas; en ellas encontraréis el hijo del campesino al lado del hijo del principe. Todas las diferencias quedan borradas ante estas grandes ideas: el rey, la libertad, el honor y la patria.» Este llamamiento fué escuchado y la deserción de

soldados alemanes aumentó de día en día en las filas francesas, exponiéndose á ser cogidos y fusilados por ir á combatir al lado de sus compatriotas. Sorprendido uno de estos valientes en el momento en que se pasaba al enemigo, y llevado ante un consejo de guerra, dijo con gran sencillez: «Yo me debo ante todo al servicio de mi patria; vosotros en este momento hacéis la guerra á Alemania, me es imposible dejar de combatir: por encima de vuestra justicia hay otra justicia soberana, que me absuelve y en la que confío (1).»

Alejandro y Federico Guillermo firmaron en 15 de Marzo el convenio de Breslau, en el que llamaban á los pueblos de Alemania para que cooperasen á su emancipación y declaraban que los príncipes que en un determinado plazo no se hubiesen adherido á la coalición, perderían sus estados después del triunfo. Se abolía la Confederación del Rin y se organizaba un consejo para administrar interinamente las provincias reconquistadas. De esta manera, príncipes y pueblos quedaban por fin unidos por el mismo sentimiento y para el mismo objeto.

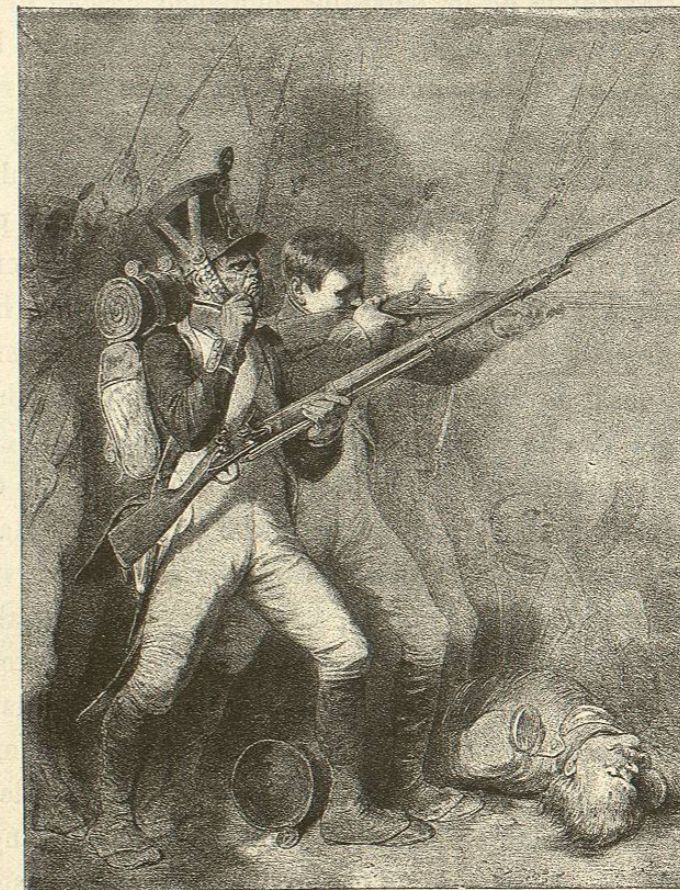
Saxons, Franconiens, Souabes, Bavaois,
Électeurs, Palatins, grands-ducs, comtes et rois,
Nous n'avons tous qu'un cri: Allemagne! Allemagne!
Et notre père à tous s'appelle Charlemagne (2).

Francia iba, pues, á combatir frente á frente con la nacionalidad alemana, sublevada y organizada con todas sus fuerzas. Francia había dejado en Rusia casi todo su antiguo ejército y no contaba para cubrir las bajas más que con quintos, llamados en su mayoría antes del tiempo fijado por la ley, porque había halido ya anteriormente más de una quinta anticipada. Este ejército no podía compararse con el Gran-Ejército de 1805, ni siquiera con el de principios del año 1812.

(1) El capitán Magallón, que se vió obligado á pedir la pena de muerte contra él, se sintió conmovido, si no por los remordimientos, á lo menos por el sentimiento de la condena de este hombre honrado, y después de Waterloo, terminada la guerra, determinó consagrar á los desgraciados el resto de su existencia; él fué quien restableció en Francia la congregación de los hermanos de San Juan de Dios. — Véase Máximo du Camp, *La caridad privada en París*, pág. 80.

(2) «Sajones, Franconios, Suavos, Bávaros, — Electores, Palatinos, grandes-duques condes y monarcas, — nuestro grito es unánime: ¡Alemania! ¡Alemania! — y nuestro común padre se llama Carlomagno.» (Edgardo Quinet, *Napoleón*.)

Camilo Rousset, en sus *Conscrits de 1813*, recuerda con razón numerosas escenas de indisciplina y desorden. Pero tampoco cabe negar que estos soldados niños, que en territorio extranjero luchaban únicamente por el honor de la bandera y por la gloria, alcanzaron desde un principio el triunfo de sus adversarios, que luchaban por la



Campaña de Sajonia. Los quintos de 1813. (Cuadro de Raffet, copia litográfica de Lianta)

independencia y la salvación de su patria. La campaña de 1813 fué, en realidad, el triunfo del valor innato y del ardimiento militar de la juventud francesa. El genio organizador de Napoleón, servido por el gobierno, que en un momento dado ponía en las manos del soberano todas las fuerzas de la nación, iba en pocos días á llevar un nuevo ejército al Elba (1).

(1) En esta ocasión, Napoleón organizó la llamada caballería voluntaria, compuesta de diez mil *guardias de honor*, pertenecientes á familias distinguidas, en su mayoría con-

EL IMPERIO. — 124.

La rapidez con que se organizó el ejército de 1813 produjo verdadero estupor en Europa, lo cual constituía el primer fracaso de la coalición, excitando entre los mismos aliados tanta admiración como cólera. A los pocos meses de haber sido llamados á las armas los quintos de 1813, que habían sido alistados antes de la época de la quinta, ya estaban instruidos en los depósitos, pudiendo formar un ejército de 150.000 hombres. Napoleón mandó venir desde España é Italia un contingente de 45.000 hombres, que fueron á recoger los restos del Grande Ejército, y á los que se agregaron, en virtud de un senado-consulta, 10.000 hombres de la guardia nacional, que se había organizado para la defensa de las plazas del interior. Napoleón pudo reunir en seguida un ejército de 180.000 hombres y 350 cañones en el Elba, elevándose las fuerzas militares de Francia á 450.000 hombres. « Si nos hubiésemos reconcentrado hasta el Elba, dominábamos aún, por medio de las guarniciones que habíamos dejado en ellas, las plazas del Pregel, del Vistula y del Oder; pero desgraciadamente nos faltaba caballería y el ejército se veía obligado á avanzar con sumo cuidado, por serle imposible el conocer de un modo exacto la situación del enemigo; en varias ocasiones en esta campaña el ejército francés fué á estrellarse contra masas enemigas, á las que se creía más alejadas ó más débiles, y las batallas que se ganaron sólo fueron victorias incompletas, ya que la falta de caballería impedía completar la derrota del enemigo y hacerle prisioneros. El celo de los prefectos imperiales no bastó para procurar los 20 ó 22.000 caballos con los cuales Napoleón creía poder contar al principio de la campaña, llegando á reunir sólo unos 8 ó 10.000. Los quintos entraban en fuego desplegando no sólo el ardimiento que podía esperarse de ellos, sino la seguridad de los soldados veteranos; sin embargo, su resistencia no correspondía á su valor, pues sucumbían por las fatigas y las privaciones, cayendo extenuados y moribundos durante las marchas.» Hasta las primeras victorias alcanzadas fueron también de lamentar, pues infundieron

trarias al gobierno, que no habían perdonado ninguna clase de sacrificios para librar á sus hijos de la quinta; estos jóvenes, con cuyo valor ante el enemigo contaba Napoleón, eran además verdaderos rehenes que le garantizaban contra las conspiraciones que pudiesen surgir en el interior. (Véanse las *Memorias de Segur*, tomo VI, págs. 31-91.)

demasiada confianza á Napoleón y contribuyeron á que rechazase las condiciones razonables que le presentaron desde luego los aliados.

El príncipe Eugenio logró defender durante varias semanas la línea del Elba contra el ejército ruso y prusiano; pero la ciudad de Hamburgo se insurreccionó al aproximarse la división rusa de Waldmoden, mientras que los prusianos se habían apoderado de Dresde



El príncipe Eugenio salva la vida al coronel Kliuki. (Copia del cuadro de Heideck, existente en Munich)

(Marzo de 1813), por lo que temió verse envuelto y se replegó hacia el Saal.

El Emperador, que salió de París el 5 de Abril, después de haber confiado la regencia á María Luisa, llegó á Erfurt el 26, dirigiéndose con 110.000 hombres sobre Leipzig, después de haber entregado 30.000 á Davout para apoderarse de Hamburgo. El ejército aliado, por su parte, al mando de Wittgenstein, salió de Dresde hacia Erfurt con objeto de sorprender la vanguardia francesa, impidiendo que Napoleón se reuniese con el príncipe Eugenio y rechazando á éste. Ney, que iba á la vanguardia, quedó verdaderamente sorprendido al encontrar en Weissenfels al enemigo, á quien creía aún en las orillas del Elba.